

Anunciar el evangelio, hacer posible el cambio de vida de sus destinatarios, facilitarles la recepción de los sacramentos: he aquí tres elementos que podrían configurar una acción pastoral eclesial cualificada, dirigida y orientada a portar y ofrecer, siempre a las personas mencionadas, una salvación histórica y escatológica.

Dicha acción pastoral es el centro y objeto principal de interés y sobre todo de reflexión de la teología pastoral, con la que en tanta sintonía se encuentra la revista *Sal Terrae*. Al finalizar el conjunto de artículos destinados a conmemorar los cien años de tan querida revista, escribo estas páginas apoyándome en estos ejes o preguntas que las atraviesan: ¿por qué sigue *Sal Terrae* interesada en contribuir humildemente a la reflexión de la teología pastoral? ¿a quién quiere dirigirse y cómo desea ella realizar dicha contribución (temas de interés, lenguaje que utiliza, etc.)?

Intentaremos ofrecer una respuesta más explícita a ambas en el segundo apartado de esta colaboración. Antes propongo acudir a la Biblia y entrar en algunas de sus páginas más bellas, en las que, me parece, podemos encontrar ayuda y orientación para el fin que pretendemos. En concreto, en el relato de la pasión y resurrección de Jesús de Marcos, el evangelio sinóptico más antiguo, escrito con independencia de Mateo y Lucas y redactado entre los años 65-70 de nuestra era.

1. «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39)

1.1. Nuestra primera afirmación recoge esta constatación, válida para todo lo que escribimos en este apartado: Mateo siguió muy de cerca el relato de la pasión de Marcos, tanto que apenas hay diferencia entre ambos¹. Al leer el episodio de la cena pascual de Jesús con sus discípulos antes de su muerte, recordamos un aspecto especialmente resaltado en ellos, sobre el que ya hemos reflexionado en otro lugar (de manera particular en el evangelio de Mateo), y que nos parece relevante para comprender la pasión de Jesús: el maestro bueno,

¹ R. E. BROWN, *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro II*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2006, 105.

la Palabra, es desposeído por sus discípulos de aquello que más le caracteriza (ser palabra)².

Antes de su muerte, Jesús, Palabra hecha carne, anuncia más de una vez a sus discípulos que va a morir («uno de vosotros me va a entregar», «el Hijo del hombre se va tal como está escrito de él»: Mc 14,17.21). También les pide que coman su cuerpo y beban su sangre, la sangre de la alianza (Mc 14,22-24), expresión del anuncio de su muerte y del significado de esta. En tercer lugar, Mc 14,27, Jesús revela a los doce, testigos de los acontecimientos que van a suceder a continuación, el fracaso estrepitoso y total que les espera: los discípulos no soportarán la prueba que supone para su fe el sufrimiento y la muerte de Jesús³. Pues bien, todas estas intervenciones de Jesús revelan que este sabe lo que va a ocurrir y tiene en sus manos lo que va a suceder (presciencia).

Este aspecto mencionado aparece también, y aquí hay una importante diferencia de Marcos respecto a Mateo, en el diálogo de Jesús con sus discípulos en Mc 14,18-21: mientras que en el primero de los evangelios canónicos la intervención de los discípulos parece invitar al lector a poner en ellos su mirada, Marcos resalta nuevamente el peso de la palabra pronunciada por Jesús, quien da a conocer una disposición de Dios y repite, de manera muy concreta, su particular anuncio (que uno de ellos lo va a entregar)⁴. Un peso que se percibe también en los versículos siguientes de la narración, en los que Jesús instituye la eucaristía (entrega su cuerpo y sangre) y anuncia la negación de Pedro y todos los demás discípulos (Mc 14,26-31). También en el ya citado Mc 14,27, en donde, recordamos, Jesús se dirige a sus discípulos anunciándoles que se escandalizarán de él, es decir, que escaparán, huirán y se dispersarán cuando su maestro sea detenido, y lo rechazarán y negarán. Ahora bien, Pedro y todos los discípulos contradicen la palabra expresada por Jesús, afirmando que están dispuestos no solo a no negarle sino también a morir con él (Mc 14,31); la contradicen y al mismo tiempo la silencian, en la medida en que Jesús ya no responde nada al respecto, adquiriendo ellos de ese modo un destacado protagonismo: es su palabra la última que se escucha en el relato de Mc 14,17-

² E. SANZ GIMENEZ-RICO, «La palabra y su palabra: omisión en Mt 26,17-35»: *Estudios Eclesiásticos* 77 (2002), 99-114.

³ J. GNILKA, *El evangelio según san Marcos II*, Sígueme, Salamanca 1997³, 277-297.

⁴ J. GNILKA, *op. cit.*, 278.

31⁵. De ahí que es digno de resaltar el hecho de que al lector del evangelio de Marcos, que puede comprobar el desenlace de la vida de Jesús en los pasajes posteriores al que nos estamos refiriendo, le llega con fuerza el silenciamiento de Pedro y los discípulos a la palabra pronunciada por Jesús, que tanto peso tiene. A dicho lector le llega con fuerza que Jesús, la Palabra de Dios, se desprende progresivamente de uno de sus rasgos más propios y particulares, afirmando de ese modo que el verdadero comportamiento del que va camino de la cruz pasa por el desprendimiento y la entrega silenciosa de lo más particular, propio y personal que posee.

1.2. «Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró» (Mc 14,37)

A partir del episodio de Getsemaní y hasta la muerte en cruz, el evangelio de Marcos resalta, enriquece y completa el aspecto anteriormente reseñado (entrega de Jesús).

En el monte de los Olivos comienza la prueba de Jesús, que presenta en otros momentos posteriores –el ofrecimiento de vino con mirra es un ejemplo al respecto (Mc 14,36)- algunas manifestaciones más. La prueba de un Jesús inocente («Pilato les replicó: pues ¿qué ha hecho de malo?»: Mc 15,14), que en el proceso ante el gobernador romano y en la crucifixión posterior permanece activamente en silencio. Al fin y al cabo, recuérdense, por ejemplo, las preguntas de Pilato en Mc 15,1-4 y la respuesta de Jesús, este ya ha manifestado ante los hombres quién es y cuál es su misión y por eso solo abre la boca, cuando está a punto de morir, dirigiendo un grito desgarrado a Dios desde la cruz («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»: Mc 15,34). Un grito que es ante todo la queja de un Jesús, que permanece fiel a Dios en la prueba, y que, atravesado por un profundo sentimiento de soledad y abandono, lamenta su ausencia y le reprocha su falta de actuación.

Jesús muere en la cruz como Mesías rechazado, ofreciendo así un sentido nuevo a dicho término. Dios, sin embargo, no lo abandona. Ya la referencia a las tinieblas en Mc 15,33 («al llegar el mediodía, toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres») parece indicar el comienzo de la intervención divina en favor de su hijo. Ella se hace más visible en Mc 15,38 («la cortina del templo se

⁵ R. E. BROWN, *op. cit.*, 179; S. LEGASSE, *L'évangile de Marc II*, Cerf, Paris 1997, 875-880.

rasgó en dos de arriba abajo»), que sigue al «pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró» (Mc 15,37). Se trata de la respuesta de Dios en defensa de Jesús, el inocente, a quien no ha abandonado. Así parece percibirlo el centurión, cuando pronuncia la solemne frase que titula este apartado de nuestra colaboración: la rasgadura del templo significaría para él no solo que Jesús era inocente, sino que la divinidad, con quien el crucificado se encontraba en tan estrecha relación, había comenzado a destruir el templo de aquellos que lo habían despreciado, insultado y crucificado. Se trata igualmente de la respuesta de Dios al sanedrín, a los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la ley (Mc 14,53), que condenan a muerte al Hijo de Dios, y a quienes Dios manifiesta su ira y repulsa.

La muerte de Jesús en la cruz es una revelación sin precedentes. En la cruz Dios se desvela y está accesible para todos, también para los gentiles (centurión romano). Por eso el templo, aunque sigue en pie, ya no es el lugar santo y deja de existir; es, en cambio, la cruz el lugar verdaderamente santo al que acudir, porque en ella ha sucedido el acontecimiento decisivo de la salvación. Además, en la cruz se da también la revelación plena y definitiva del Hijo de Dios, ya manifestada en sus milagros y acciones poderosas. Ella permite comprender en verdad quién era Jesús, el Hijo de Dios (Mc 1,1), el confesado como tal, entre otros, por los espíritus inmundos o el endemoniado de Gerasa, cuando aquel curaba y sanaba (Mc 3,11; 5,7). Al fin y al cabo, «la muerte de Jesús recibe su sentido de la vida misma. Es su existencia entera la que llena el cáliz de la pasión y de la muerte... Al margen de la vida y de toda la actuación anterior de Jesús, su muerte sería un hecho vacío de sentido. La muerte de Jesús es, pues, salvadora no por sí sola, sino porque lo fue toda su vida y en la medida en la que esta lo fue»⁶.

1.3. «Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura» (Mc 16,15)

⁶ R. E. BROWN, *op. cit.*, 1120-1362; S. CASTRO SÁNCHEZ, *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*, Universidad Pontificia Comillas – Desclée de Brouwer, Bilbao 2005, 458-462; C. FOCANT, *Marc, un évangile étonnant*, Leuven University Press, Leuven 2006, 319; M. GESTEIRA GARZA, *La eucaristía misterio de comunión*, Sígueme, Salamanca 1992, 43-44; J. GNILKA, *op. cit.*, 323-383; S. LEGASSE, *op. cit.*, 943-977; L. SCHENKE, *Das Markusevangelium. Literarische Eigenart – Text und Kommentierung*, Kohlhammer, Stuttgart 2005, 341-346.

Inmediatamente después de la gran confesión de fe del centurión romano («verdaderamente este hombre era Hijo de Dios»), el relato de la pasión de Marcos afirma que «algunas mujeres contemplaban la escena desde lejos». Y cita posteriormente el nombre de tres de ellas y los lugares en que estas y otras muchas habían estado con Jesús: Galilea y Jerusalén (Mc 15,40-41). Parece que Marcos quiere poner especialmente de relieve la complementariedad entre la fe del primero, que se adhiere a Jesús en la fe al verlo morir en la cruz, reconociéndolo como el salvador, y el seguimiento de todas ellas, para quienes el seguimiento de Jesús es seguimiento de la cruz, y subrayar de este modo que «a la recta confesión de la fe tiene que acompañar la praxis recta de la vida, que comprende el servicio amoroso y el sí a la cruz»⁷.

Tres mujeres, María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, que contemplan: a) la muerte de Jesús de lejos (Mc 15,40), b) dónde ponen el cuerpo de Jesús (Mc 15,47), c) que la piedra del sepulcro donde está Jesús, que era muy grande, había sido corrida (Mc 16,4). Tres acciones distintas y un mismo verbo, que traducimos por contemplar, que, junto con otros datos textuales (*muy de madrugada* es el interrogatorio y la sentencia de Jesús, Mc 15,1, y también la ida de las mujeres al sepulcro de Jesús en Mc 16,2), recuerdan la intimísima relación entre muerte y resurrección de Jesús.

Hemos señalado anteriormente que Dios no abandonó a Jesús en la cruz. Ese mismo Dios es el que resucita a Jesús. Así lo expresan numerosos textos neotestamentarios (confesiones, apariciones); así lo expresa el relato de la resurrección de Marcos, especialmente Mc 16,2-4: «fueron las mujeres al sepulcro e iban comentando: ¿quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero, al mirar, observaron que la piedra había sido ya corrida, y eso que era muy grande». Que la piedra «había sido ya corrida» (verbo en forma pasiva) habla de que es Dios el que, simbólicamente hablando, realizó dicha acción y cambió la suerte del crucificado: «Dios es el que ha resucitado a Jesús y este se convierte en alguien totalmente autorizado y creíble, de forma que su vida y la forma de su muerte pueden adquirir un significado nuevo»⁸. Y habla

⁷ J. GNILKA, *op. cit.*, 381-382. Recomendamos la lectura de M. LÓPEZ VILLANUEVA, «Las mujeres que miran la cruz de lejos. Un acercamiento terapéutico»: *Sal Terrae* 92 (2004) 207-218.

⁸ M. NAVARRO PUERTO, *Morir de vida. Mc 16,1-8: Exégesis y aproximación psicológica a un texto*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2011, 205.

también de que la muerte no tiene poder sobre Jesús y de que, para los discípulos, «este vive y les habla aun cuando ya no pertenece al mundo de lo tangible... Se trata de una paradoja indescriptible, pues, por un lado, Jesús era completamente diferente, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, al mismo tiempo, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, estaba presente de manera real, en su plena identidad»⁹.

Unos discípulos, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé en Mc 16, que compran perfumes para ir a embalsamar a Jesús al sepulcro y que quieren conservar el cadáver de Jesús en la tumba. Sin embargo, el Nazareno, el que en Galilea ha curado y consolado a muchos, el crucificado en Jerusalén, a quien Dios ha resucitado, «está, pero ya no allí», pues «la tumba es paso para la resurrección»¹⁰. El vive ya en Galilea, ahora de manera definitiva, donde espera a los suyos (Mc 16,7). Allí los precede y espera como el buen pastor, que, situado a su cabeza, reúne de nuevo a su rebaño disperso (recordar cómo los discípulos se disgregaron y abandonaron a Jesús en sus procesos y muerte) y lo guía a Galilea, lugar en el que, simbólicamente hablando, las mujeres y los discípulos pueden conocer y comprender plenamente a Jesús y en el que comienza su misión de anunciar el evangelio, a los gentiles: «id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura» (Mc 16,15)¹¹.

2. El Evangelio, el cambio de vida, los sacramentos

El título de este apartado que ahora comienza nos recuerda el inicio de nuestra colaboración y lo señalado en sus párrafos introductorios, que, con el trasfondo

⁹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, 286-287.

¹⁰ M. NAVARRO PUERTO, *Marcos*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2006, 582; PH. WARGNIES S.J., «Marc 16,1-8 – Les femmes et le jeune homme dans le tombeau»: *Nouvelle revue théologique* 132 (2010) 374.

¹¹ J. GNILKA, *op. cit.*, 398-404; C. M. MARTINI S.J., *Il problema storico della risurrezione negli studi recenti*, Libreria Editrice dell'Università Gregoriana, Roma 1980, 120-133.

de las páginas anteriores sobre el evangelio de Marcos, retomamos ahora nuevamente.

Hace dos meses publicábamos en las páginas de *Sal Terrae* el artículo «Los Consejos de Redacción, “alma” de la revista *Sal Terrae*», escrito conjuntamente por José Antonio García y un servidor. Al referirme a la renovación de los/as colaboradores/as de la revista durante los últimos años, destacaba el carácter especial del encuentro ampliado de su consejo de redacción, que tuvo lugar en Madrid en el otoño de 2009, y en el que recibimos «ayuda, inspiración y confirmación para continuar y mejorar nuestro trabajo». En dicho encuentro planteamos algunas cuestiones e interrogantes que recuerdo y desarrollo a continuación con mayor amplitud, que pueden ilustrar de manera bastante acertada por qué muchas personas seguimos trabajando con tanta ilusión en la publicación de la centenaria *Sal Terrae*.

Si uno echa la vista atrás a alguno de los números que hemos publicado en los últimos años, encuentra títulos como: «Vivir vidas ajenas» (junio 2003), «Perforar la trivialidad» (diciembre 2003), «Visitadas por la fecundidad» (noviembre 2004), «Nuestros miedos» (enero 2005), «En tiempo de rebajas» (enero 2006), «Aprender a conversar» (noviembre 2007), «Las adicciones» (septiembre 2008), «Las fronteras como posibilidad» (abril 2009), «Otra lectura de la crisis económica» (julio-agosto 2009), «¿La hora de la generación intermedia?» (enero 2010), «Heridos por dentro» (abril 2011). Muchos de ellos, y otros más que no podemos aquí recordar, reflejan probablemente el interés de *Sal Terrae* por conocer la realidad que vivimos (particularmente la de la geografía española), plural, diversa y conflictiva, y mirarla con la amabilidad y el respeto que se merecen, intentando captar en ella su ser más germinal y genuino. Porque solo desde esos presupuestos –y este aspecto que aunque no es novedoso sí parece estar muy olvidado en algunos ámbitos de nuestra iglesia católica- se puede llevar a cabo una evangelización que, «afincada en Galilea, se despliega y expande a todo el mundo, a todas las naciones» (Mc 16,15).

Proclamar el evangelio atañe a laicos y laicas cristianas, religiosos y religiosas, sacerdotes en sus distintos grados. En todos ellos intentamos pensar cuando preparamos los números mensuales de nuestra publicación: en sus cualidades y capacidades para comprender la vida que vivimos y anunciar en ella el Evangelio, en sus ilusiones, proyectos, límites y frustraciones para realizar dicha tarea. También en sus ideas, preguntas, inquietudes, críticas, que son

ciertamente un estímulo y acicate para continuar nuestro trabajo¹². Pues bien, de los muchos aspectos que atañen a la proclamación del evangelio, nos referimos a continuación a dos de ellos y a la necesidad que todos tenemos de conocerlos cuidarlos y respetarlos, a través, entre otros medios, de lecturas y reflexiones como las que tienen cabida, entre otros, en los distintos números de *Sal Terrae*.

El primero es la escucha de la Palabra de Dios, cuyo mensaje central es- recordemos de nuevo el evangelio de Marcos- «tomad y comed, esto es mi cuerpo, tomad y bebed, esta es mi sangre, yo soy el Mesías, Jesús de Nazaret, el crucificado, ha resucitado, no está aquí».

En la primavera de 2009 J. A. García escribía que «el hombre y la mujer modernos, que aparecen como deprimidos por debajo de sí, quieren ser palabra en la Iglesia y no solo oídos y manos, quieren ser oyentes de la Palabra y ser palabra para los demás»¹³. Bella formulación del director de la revista *Manresa* para, en un artículo que quería responder a algunas de las deficiencias de la Iglesia en España hoy, reflejar un malestar que, creo, compartimos muchos cristianos, y que nos provoca más desgaste y deterioro del que todavía algunos pueden pensar.

La celebración de la eucaristía es uno de los lugares privilegiados (no el único) para escuchar la Palabra de Dios y ser oyentes de la misma; es, a la vez, la fuente y el fundamento del deseo, muy irrenunciable para muchos de nosotros, de ser palabra para los demás. Basta con escuchar las palabras, sentidas y verdaderas, de muchos cristianos con los que vivimos, basta acercarse a iglesias y parroquias donde se celebra diaria y dominicalmente la eucaristía para reconocer la dificultad cada vez más frecuentemente que muchos tenemos para escuchar en ella la Palabra de Dios. ¡Cuántos son los lugares en donde apenas se cuida todo lo necesario para que ello se dé! ¡Cuántos son los lugares en donde no solo se descuida uno de los ejes sobre los que ello pivota, la predicación u homilía, sino que además se utiliza ese momento tan importante para muchas

¹² Recordemos algunos títulos más recientes que ilustran nuestras afirmaciones: «¿Qué se mueve hoy en teología» (septiembre 2004), «La sabiduría de las parábolas», (marzo 2005), «Iglesia y cristianismo en Europa» (febrero 2006), «Sabores y sinsabores de los religiosos hoy» (septiembre 2007), «La sed de Dios» (junio 2008), «Leer el magisterio y la tradición» (noviembre 2009), «El Vaticano II» (febrero 2010), «La misión compartida» (junio 2011).

¹³ J. A. GARCIA, «Retos de la Iglesia en España»: *Sal Terrae* 97 (2009) 193-204.

personas con fines muy distintos a los deseados! ¡Cuántas son las voces que en distintos ámbitos de nuestra Iglesia están expresando con cuidado, respeto e interés este hecho cada vez más sangrante!¹⁴ ¿No está ocurriendo entonces, y a pesar de que todavía muchos se empeñen en no reconocerlo, algo parecido a lo que le sucedió a Jesús en los momentos previos a su muerte, en que sus discípulos, los más cercanos a él, le quitaron la palabra, le despojaron de aquello más central y característico suyo?

El segundo es la centralidad de la fe en el crucificado, como la del centurión romano ante la cruz de Jesús (Mc 15,39), y el servicio amoroso y el sí a la cruz, praxis recta de la vida, como la de María Magdalena, María la de Santiago y Salomé (Mc 15,40ss.). Son cada vez más numerosas las voces que reconocen que uno de los lugares donde se puede expresar la conexión entre dicha fe y dicho servicio amoroso son precisamente las celebraciones eucarísticas. Y son cada vez más numerosas las voces que claman y proclaman que muchas de esas celebraciones contribuyen en muy pequeña medida a este fin que indicamos, de clara inspiración marcana. Basta recordar las celebraciones en las que todo (palabras, gestos, símbolos, etc.) parece girar en torno a la persona del celebrante, en torno a «él y a sus propias circunstancias». ¡Cuánto se agradecen los desvelos e iniciativas de algunas parroquias o iglesias, de sus sacerdotes y de todos los cristianos que en ellas tan desinteresadamente colaboran, para que las celebraciones litúrgicas se sostengan en la conexión anteriormente citada y faciliten a los cristianos acercarse a la experiencia del centurión romano y de las mujeres que contemplaban al crucificado desde lejos! ¡Cuánto se agradece el interés que se toman muchas de las personas mencionadas para que todos los detalles de las citadas celebraciones estén al servicio de un fin tan decisivo para muchos de nosotros, a los que no nos es fácil vivir «espontánea y naturalmente» como los personajes del evangelio de Marcos ahora recordados!

Al comienzo de nuestra colaboración afirmábamos que facilitar a los cristianos la recepción de los sacramentos es uno de los elementos de una acción pastoral eclesial cualificada. La eucaristía es sin duda el central y principal; la penitencia es también un sacramento importante. Entre otros, por la relación, quizás con

¹⁴ *Sal Terrae* es una de ellas. Además de numerosos artículos que no podemos citar aquí, véanse, por ejemplo, estos monográficos de la revista: «Mejorar nuestras celebraciones eucarísticas» (febrero 2004), «Liturgias vacías y vacíos litúrgicos» (diciembre 2008), «Liturgia y compromiso en tiempos de posmodernidad» (marzo 2010).

cierta evocación marcana, entre la Palabra y la palabra que el sacerdote puede pronunciar¹⁵. Pues bien, y aquí tendríamos un ejemplo del ámbito sacramental que estimula a *Sal Terrae* y a la reflexión que sobre él se puede todavía hacer, son cada vez más los sacerdotes y penitentes que, por un lado, reconocen la importancia de dicha relación y, por otro, constatan la poca relevancia que todavía se le concede en muchas iglesias o parroquias de la geografía española, en donde parece que lo único importante es que la gente acuda en masa al confesonario. ¡Qué importante es cuidar y atender al que acude al confesonario! ¡Qué importante es facilitarle que escuche en primer lugar la Palabra del crucificado que nos precede en Galilea y en segundo lugar una palabra tan reconfortante como la que pronuncia en el sepulcro el joven vestido con una túnica blanca, cuando dice a María Magdalena, María la de Santiago y Salomé «no os asustéis» (Mc 16,6)! ¡Qué importante es también no encerrar en dicho sepulcro a muchos penitentes que acuden al confesonario con la fe del centurión romano y de las mujeres que contemplaron de lejos al crucificado, a la vez que con dudas, temores e inquietudes, y que, sin embargo, escuchan de más de un sacerdote palabras dogmáticas o morales, que nada tienen que ver con el «ha resucitado, no está aquí» (Mc 16,6)!

Tengo que terminar. No quiero hacerlo sin añadir un apéndice a mis palabras, al estilo del apéndice o conclusión secundaria del evangelio de Marcos: apariciones del resucitado y mandato misionero (Mc 16,9-20). La revista *Sal Terrae* mira el presente con ilusión y esperanza. No tanto por lo que ella haya ya realizado o pueda aún realizar, sino por lo que con otros y junto a otros (lectores y lectoras actuales y potenciales, colaboradores/as habituales) puede todavía aprender. Fundamentalmente del maestro, del crucificado que ha resucitado y que, como buen pastor, nos precede en Galilea; de la Palabra a quien ninguno de nosotros podemos quitarle su ser más constitutivo. A los que pronto van a continuar el trabajo por muchos realizado, el nuevo director ya

¹⁵ F. MILLÁN ROMERAL, *La penitencia hoy. Claves para una renovación*, Publicaciones Universidad Pontificia Comillas – Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 234: «La Palabra, que nos hace darnos cuenta de que el pecado no es una realidad primera sino segunda, nos hace darnos cuenta de que el pecado no es una realidad última, de que no tiene tampoco la última palabra, de que ya en la misma experiencia de pecado se anuncia en el horizonte la palabra de perdón y misericordia».

nombrado y su consejo de redacción, les va a tocar seguir alentándonos con esos estudios rigurosos y divulgativos de la revista, que, escritos con un lenguaje comprensible, pretenden ayudar a pensar de manera crítica y profética. Ojalá que todos los que formamos parte de la gran familia de *Sal Terrae* podamos contribuir con ellos a anunciar el evangelio a su, esperemos, cada vez mayor número de lectores, a facilitarles, si así lo desean, la adecuada recepción de los sacramentos y a hacer posible –tarea esta sobre la que aquí apenas nos hemos detenido- que sus vidas cambien y se transformen. Será sin duda un buen signo de que la revista sigue sintonizando con la acción pastoral eclesial cualificada que tantos anhelamos; será también un buen modo de celebrar el centenario de una revista que, con humildad a la vez que con satisfacción, quiere pronunciar ante el crucificado «verdaderamente este hombre era hijo de Dios».